

Desde 1969, al siguiente año de la matanza de Tlatelolco, miles de mexicanos han conmemorado la lucha estudiantil. Más todavía, los escritores optaron por ser la memoria de aquel trágico incidente que contribuiría a modificar la vida política del país. De este modo aparecieron novelas, cuentos y poemas. Fue una denuncia valiente que recayó en la clase gobernante. Ahora se cumplen cuarenta años de la masacre y se llevaron a cabo infinidad de actos para recordar la infamia. *El Búho* saca del archivo un texto de su director, René Avilés Fabila, quien escribiera la novela *El gran solitario de Palacio*, uno de los primeros libros en acusar al sistema político imperante. Se trata de un texto que su autor leyó en Alemania en 1989, en la Universidad Católica de Eichstätt. Fue escrito en plena época salinista y publicado en un libro: *Literatura mexicana hoy. Del 68 al ocaso de la Revolución*, por la editorial Verruert Verlag, Frankfurt. Ahora lo rescatamos para mostrar que el 2 de octubre de 1968 nunca ha sido una fecha más, que desde el año siguiente, muchos se han encargado de que la memoria colectiva no eche al vacío una acción que debe ser recordada para que nunca más se repita.

El Búho

México 68. Veinte años después de El gran solitario de Palacio

En 1968 la Revolución Mexicana había muerto. Sin embargo, como todavía sucede hoy, en 1989, era invocada y el gobierno afirmaba representarla. El país vivía de los grandes mitos acumulados por los sucesivos regímenes "revolucionarios". El artículo tercero constitucional, la Reforma Agraria (por completo sacralizada y convertida en una secretaría de Estado), el papel rector del gobierno en la economía, el antiimperialismo no siempre de papel, etcétera, caían como una tormenta sobre la población y las palabras de un puñado de críticos, frecuentemente de izquierda, apenas si eran escuchadas. La arrogancia del poder mexicano parecía tener un sólido fundamento. De tal suerte que las llamadas de atención ocurridas en 1958 jamás fueron consideradas. Ferrocarrileros, electricistas, maestros, telegrafistas, universitarios, trataban de recuperar las plazas perdidas y darle nueva vida al sindicalismo, por completo en manos de líderes corruptos y al servicio del Estado (Cf. *México, un pueblo en la historia*, coordinación de Enrique Semo, volumen 6). Nada parecía romper la tranquilidad "revolucionaria", la unidad bajo los maravillosos principios de 1910-17. La Constitución, la democracia, la libertad, el pluralismo, no eran sino meras palabras dentro de un discurso gastado, intolerante y saturado de lugares comunes.

1968 es para muchas partes del mundo un año difícil, en el que las inquietudes aparecen básicamente entre los jóvenes. En

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

RENÉ AVILÉS FABILA

Paris los estudiantes se lanzan a un movimiento que tiene profundas implicaciones políticas y que apela a la imaginación y al amor. Tampoco los muchachos estadounidenses permanecen tranquilos; atrás han quedado la guerra fría y el anticomunismo ramplón del senador McCarthy; se preocupan por la intensificación de la guerra en Vietnam y la música y las drogas aparecen como una contracultura capaz de acabar con la enajenación. Y mientras el Black Power, dirigido por Carmichael, Cleaver y Hamilton, entre otros, con Angela Davis perseguida, lanza consignas violentas, los hippies depositan en sus extravagancias, en el rock y en los ecos de Ginsberg, Kerouac y Ferlinguetti las posibilidades de hallar la libertad. Cuba resiste el bloqueo de Estados Unidos y prueba que el socialismo puede ser edificado a unos cuantos kilómetros de su territorio. La rebeldía social, la antisolemnidad y los deseos de transformaciones radicales se han acumulado y se manifiestan desde diversas actitudes y luchas. Algunos filósofos suponen que los estudiantes, ya no el proletariado, pueden ser los detonadores de una magna revolución y proporcionan a estos un basamento teórico.

México lleva años de aparente tranquilidad, en efecto. Los gobiernos de la Revolución desarrollan al país con lentitud exasperante y muchas contradicciones. Por último, son incapaces de evitar las desigualdades y las injusticias sociales. El precio pagado es elevado: la nación persiste en su condición semicolonial y en consecuencia dependiente y atrasada. La corrupción florece y la democracia es una palabra hueca dentro de un sistema político virtualmente unipartidista. El PRI "arrasa" en cada proceso

electoral y la represión jamás desaparece; en todo caso –tiene altas y bajas, según lo demanden las necesidades de la política oficial. En momentos retorna la saña de los viejos tiempos revolucionarios, como en el crimen de la familia Jaramillo, acribillada por miembros del Ejército. A todo ello, hay que añadir el presidencialismo que se nutre de una poderosa tradición antidemocrática y de una persistente secuela de tiranos, dictadores y hombres fuertes, y el cuadro queda completo.

La burguesía mexicana, como la francesa, tomó el poder y lo hizo de manera violenta, luego de una costosa revolución, de soportar tremendas presiones norteamericanas que van desde la siniestra intervención del embajador Henry Lane Wilson en el asesinato del presidente Madero, hasta las obligaciones que Estados Unidos le impone a México para reconocerlo diplomáticamente, pasando por la invasión de Veracruz (1914) y la Expedición Punitiva del general Pershing (1917).

De la Revolución Mexicana surge una burguesía ligada a los intereses populares, nacionalista y antiimperialista, tal como explica don Jesús Silva Herzog, cuya máxima expresión (y el punto más lejano a donde pudo llegar) es el gobierno de Lázaro Cárdenas. Después gradualmente México retrocede, pierde sus aspectos más positivos y aun retrocede en su magnífica política exterior. Hoy ya poco o nada queda de aquel movimiento de 1910-1917. El actual gobierno de Carlos Salinas de Gortari ha sido el encargado histórico de sepultar el cadáver. Lo más extraño de esta situación es que ahora la oposición de izquierda, que por largo tiempo consideró muerta a la Revolución, reclama como suyos sus principios y la añora a pesar de que en un tiempo la persiguió, especialmente los comunistas.

La estabilidad económica y política, un verdadero lujo en América Latina, se dan en México a pesar de muchos problemas. Sólo que a cambio de ellas, fueron por muchos años eliminadas las minorías políticas. En ocasiones la izquierda, frecuentemente representada por el Partido Comunista Mexicano (fundado en 1919), actúa aquí y allá, tratando de combatir a un sistema cada vez más rígido y autoritario, de estimular al sindicalismo independiente, de desenajenar a la clase trabajadora, pero siempre careció de arraigo y sus integrantes no fueron capaces de vencerla, víctimas de sus rencillas personales y del manejo arbitrario que hizo en una época difícil (los años de ascenso del fascismo y luego de guerra) el PCUS. No tuvo peso dentro de campesinos y obreros y apenas fue una influencia frágil entre los intelectuales, creadores y estudiantes universitarios.

Sin embargo, poco a poco el país despierta. Muchos desean romper el monopolio del poder que detenta el binomio PRI-gobierno, modificar el rumbo positivamente. Algunos intelectuales, los más lúcidos en el aspecto político, se convierten en críticos del sistema. Habrá que mencionar a José Revueltas, quien jugara un destacado papel en 1968. Hay inconformidad y descontento, lo que no existe es manera de manifestarlo. El Estado permanece alerta y aplasta cuanta cabeza protesta. Han pasado por las cárceles los dirigentes sindicales Vallejo y Campa, el pintor Siqueiros. Cualquier movimiento es eliminado y los líderes acosados. Como de costumbre, tenemos un doble juego: por un lado, la política internacional progresista que permite un amplio apoyo a la República Española y luego a la Revolución Cubana, las críticas más oportunas y directas para el fascismo salen de la boca de don Isidro Fabela, representante de México en la Liga de las Naciones... Por el otro, una política interna represiva, asfixiante, corrupta y antidemocrática.

En este contexto, la izquierda y en general los sectores progresistas fueron constantemente asediados por el Estado mexicano. A menudo sus dirigentes estaban en las prisiones y sus instalaciones y publicaciones eran destruidas por la policía. Definitivamente al gobierno le ha costado trabajo tolerar las voces de la oposición, a no ser las de sectores conservadores o las surgidas de organismos como los creados por Vicente Lombardo Toledano, que invariablemente tenía puntos de contacto con la burocracia política, sin dejar de utilizar una terminología socializante y en momentos marxista-leninista. Partidos como el Popular Socialista han servido para dar una imagen de pluripartidismo de utilería, la que en estos momentos está en proceso de extinción.

Tradicionalmente, y como resultado de complejos problemas nacionales e internacionales, la izquierda mexicana ha estado fragmentada y dividida. Todas sus partes se empeñan en mantener el santo grial de la pureza revolucionaria a costa de atacar y calumniar a las otras. Así, la izquierda atomizada era víctima fácil de los embates del Estado. En ocasiones –y en el presente no se registra ningún cambio– las acusaciones e insultos que salían de las fuerzas democráticas para denigrar a las restantes, eran más virulentas que las proferidas contra el enemigo común: el Estado. Es decir, la izquierda partidista padece una grave inmadurez y su desarrollo ha marchado lenta, muy lentamente, apenas ofreciéndole a la sociedad civil un vago proyecto de nación sin rigidez ni autoritarismo.

Los movimientos populares aparecían en forma aislada y sin cohesión. De tal suerte que el gobierno podía liquidarlos con sencillez, presionando, encarcelando o corrompiendo. Cuando una lucha cobraba fuerza, el gobierno recurría a la violencia. De este modo fue sofocado el movimiento ferrocarrilero, como lo fue el de los electricistas. La Reforma Agraria carecía de resultados positivos, el campesino seguía siendo un sector marginado y pauperizado, centro de la retórica y la demagogia oficial de acentos pueblerinos y metáforas obvias que tanto apasionan a los políticos mexicanos. Los artículos constitucionales 27 y 123, por citar algunos muy importantes, eran letra muerta. En lo educativo el clero católico jugaba (y juega, no en vano las visitas papales a México se repiten) un papel importante; las escuelas confesionales nunca han respetado la legislación en materia educativa y religiosa, menos los planes de la Secretaría de Educación Pública; el libro de texto gratuito ha sido arrojado sin miramientos a los almacenes de viejo. Los trabajadores no ven los beneficios del progreso nacional y sí, a cambio, resienten el peso de un desarrollo imperfecto que gradualmente se convirtió en crisis económica.

En los años previos al 68, aparecieron diversas manifestaciones de descontento. Los médicos, los campesinos de algunas regiones del país, principalmente en Morelos y Guerrero, sin dejar al margen un hecho fundamental de la historia reciente latinoamericana: cuando el gobierno estadounidense propició la invasión a Cuba, en 1961, los estudiantes universitarios y del Instituto Politécnico Nacional, en unión con una maltrecha izquierda, se lanzan a las calles a manifestar su adhesión y solidaridad con una revolución naciente, que despertaba muchas simpatías en el continente. En uno de los mítines de apoyo a Cuba, efectuado en la Plaza de la Constitución, frente a Palacio Nacional, que no fue reprimido, el ex presidente Lázaro Cárdenas fue el orador principal. Al día siguiente había malestar dentro del gobierno y en las filas de la iniciativa privada. Adolfo López Mateos, mandatario que había manifestado una calurosa cordialidad a la Revolución Cubana, basada en la experiencia mexicana de no intervención y autodeterminación de los pueblos, comenzó a destruir de nueva cuenta a la izquierda. México no rompió nunca sus relaciones diplomáticas con la Cuba de Fidel Castro, pero a cambio toleró que el aeropuerto de la Ciudad de México, único paso americano a esa isla, quedara en manos de policías nacionales e internacionales que fichaban sin miramientos a cualquier viajero que iba o venía de Cuba.

La Universidad Nacional Autónoma de México tiene un largo y brillante historial. En 1929 conquistó su autonomía merced a un movimiento de envergadura nacional y se convirtió en un cen-

tro importante en el que la libertad de cátedra y la democracia fueron ganando terreno y permitiendo el desarrollo de sectores progresistas. En vista de la cerrazón que ocurría a su alrededor se transformó en un lugar privilegiado: pese a sus vicios y defectos, allí es posible criticar al sistema sin sufrir represalias. Entonces fue el refugio de muchos intelectuales democráticos y el punto en el que las discusiones políticas y culturales estimulaban a sus alumnos y profesores. Algo extraño en América Latina. Medio continente en donde las universidades críticas han sido muy castigadas por dictaduras y gobiernos militares. La UNAM es una notable excepción. Sin embargo, en su seno se libran batallas ideológicas porque allí mismo está presente el poder gubernamental. No podemos dejar de lado un hecho incuestionable: de ella salen los cuadros que renuevan al Estado; no sólo los mandos medios, también los presidentes de la República. Desde Miguel Alemán hasta Carlos Salinas de Gortari, los políticos más destacados han pasado por las aulas de la UNAM. Así las cosas, no era factible creer que el gobierno permanecería en activo tolerando que los grupos democráticos conquistaran la llamada Máxima Casa de Estudios. Siempre ha tratado de mantenerla dentro de su esfera de acción. Del choque de estas dos fuerzas han resultado avances y retrocesos, pero ha quedado garantizada la libertad de cátedra y la existencia de planes de estudio que en otras universidades no tienen cabida. Gracias a este tipo de universitarios progresistas hay un combate permanente contra el autoritarismo, la ausencia de democracia, los sistemas caducos de enseñanza, la verticalidad en la toma de decisiones, etcétera. La UNAM políticamente se desanimó después del 68, pero veinte años después recuperó parte de su potencial al ser creado el Consejo Estudiantil Universitario que enfrentó el autoritarismo del rector Jorge Carpizo y que terminó siendo un apoyo importante para la candidatura del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas.

La UNAM que llegó al fatídico año de 1968 conocía problemas de gran talla: sobrepoblación, planes educacionales obsoletos, ausencia de participación del conglomerado escolar en el diseño y rediseño de las carreras, profesores que repetían las mismas palabras gastadas año tras año, los cargos administrativos universitarios eran ocupados por políticos que utilizaban a la institución para prestigiarse y saltar a los empleos gubernamentales. En suma, la educación superior del país, pese a los esfuerzos de muchos intelectuales, estaba en crisis.

Como si esto fuera poco, los acontecimientos internacionales repercutían en la delicada estructura universitaria y los medios masivos de comunicación estaban virtualmente cerra-

dos y en manos conservadoras. Es decir, el descontento no podía manifestarse más que en los recintos escolares o en las calles.

Este era el panorama, a grandes trazos, en que apareció una chispa. Un pequeño incidente entre estudiantes de una escuela preparatoria particular logró encender pronto el movimiento popular de mayores dimensiones que haya visto México en los últimos años y que pudo probar que la Revolución había muerto; quedan, ciertamente, sus mitos, pero pronto serían derrumbados. En unas cuantas semanas la bola de nieve comenzó a adquirir un gran tamaño. Los estudiantes de la Normal, del Politécnico, de universidades de provincia, incluso de escuelas privadas se sumaban al movimiento. Las peticiones y demandas dejaron de tener solamente características educativas para exigir reivindicaciones de orden político. Es evidente que el movimiento fue visto con simpatía por miles y miles de alumnos que fueron a la huelga y pese a la tremenda campaña de desprestigio del Estado utilizando a los medios de comunicación, buena parte del pueblo lo apoyó. (Recuerdo perfectamente la noche de Tlatelolco: mi esposa y yo tratábamos de escapar de las balas de policías y soldados, una familia modesta que vivía en las cercanías del edificio Chihuahua, donde se concentró el fuego, nos ofreció refugio y nos ocultó por horas hasta que fue posible salir del cerco.)

Durante varios meses las manifestaciones y los mítines de cientos de miles de personas (algunos fueron calculados en medio millón de almas), se apoderaron de la ciudad y de la misma Plaza de la Constitución, el Zócalo, lugar destinado a los actos de culto cívico que realiza principalmente el gobierno. De estas acciones existen cronologías detalladas que dan una idea de la magnitud del movimiento y de la eficacia de la organización de los jóvenes. En poco tiempo obtuvieron tácticas magníficas para recolectar dinero o difundir sus ideas y consignas.

A todo esto, a la simple aspiración de libertad y democracia, el Estado respondió con brutalidad, persiguiendo, golpeando, matando. El diálogo que exigían los estudiantes no tenía ninguna respuesta seria de parte del gobierno. El presidente Díaz Ordaz, católico y de clara filiación reaccionaria, se sintió herido en su amor propio, especialmente porque el movimiento se producía justo en el año en que la ciudad de México iba a ser el escenario de los Juegos Olímpicos. ¿Cómo era posible que los jóvenes cometieran la osadía de retar al régimen en tan importante fecha?

Y así como los estudiantes en paro aumentaban y aparecía el respaldo popular, el gobierno comenzó a acelerar el proceso represivo. Primero fueron los granaderos y los policías quienes a golpes de macana y gases lacrimógenos rompían mítines y mani-

festaciones, detenían a los brigadistas que repartían volantes o boteaban solicitando ayuda económica. Luego, en vista de los pobres resultados obtenidos, apareció el ejército armado hasta los dientes, con tanques y bazukas, como aquella utilizada para derribar la puerta de la Escuela Nacional Preparatoria. Parecía que iba a combatir a un poderoso enemigo proveniente del extranjero. Los agentes secretos y los cuerpos paramilitares merodeaban en los puntos neurálgicos. Vivíamos bajo la sensación de una guerra civil.

Los Juegos Olímpicos se aproximaban y la ciudad, centro de las principales actividades políticas, culturales y deportivas del país, la más poblada de las que existen, tenía cientos de periodistas que parecían interesarse más por los acontecimientos políticos que la sacudían que por los atletas. El gobierno, tradicionalmente orgulloso de su estabilidad entorno a los gastados y desprestigiados principios de la Revolución de 1910, sintió que no podía llegar en tal estado a la inauguración de la justa deportiva internacional. Por ello, calculando los riesgos de manera fría, haciendo un balance de la situación por la que pasaba y previendo el futuro, se atrevió a dar un paso cuya brutalidad todavía perdura en las mentes de millones de mexicanos como un trauma imborrable. Los anales de la represión tuvieron material suficiente para llenar páginas y páginas. El día señalado, 2 de octubre, hace veintidós años. El Estado mexicano se llenó de sangre e ignominia. Demostró, además, hasta dónde puede llegar para mantener incólume el poder.

La responsabilidad de aquel asesinato colectivo fue asumida por el propio mandatario Díaz Ordaz. Y es posible creerlo en un país de presidencialismo desaforado, en donde el peso del poder Ejecutivo sofoca a los dos restantes, el Legislativo y el Judicial, en el cual el presidente acumula tanta fuerza en sus manos como antaño un monarca absoluto, no importa que le dure sólo seis años. México oscila alrededor de la figura presidencial, ella señala los rumbos, su palabra es correcta, jamás es criticada, los aciertos le pertenecen y los errores son de sus colaboradores. Hoy mismo, este presidencialismo que gran parte del pueblo mexicano repudió en las urnas durante el pasado proceso electoral, ha sido revitalizado por Carlos Salinas de Gortari y de nuevo la nación es conducida férreamente por una persona.

Debemos aceptar, no obstante, que todos los miembros del gobierno tuvieron parte en la responsabilidad del crimen. Sartre responsabilizó a la totalidad del Estado francés cuando un estudiante falleció ahogado durante el movimiento de mayo, ¿por qué no hacer lo mismo en México? ¿Cómo no pensar, digamos, en Alfonso Corona del Rosal, entonces jefe del Departamento del Distrito Federal o en Luis Echeverría, secretario de Gobernación,

el nervio político del país? Por otro lado, y sin pecar de severos, también otros funcionarios no sólo avalaron la matanza y el encarcelamiento de cientos de mexicanos inocentes en prisiones civiles y militares, sino que también—algunos como el gran novelista Agustín Yáñez, secretario de Educación Pública—apoyaron el atroz acto con discursos y declaraciones. Dicho en otros términos, la responsabilidad del crimen recae sobre todo un sistema y no únicamente en dos o tres personas.

La estructura política siguió en pie. Jamás se tambaleó. No corría ningún peligro a causa del movimiento estudiantil, salvo el de mejorar en algunos aspectos. Al día siguiente de la masacre había cientos de hogares enlutados, llanto y mucho temor. Pero el país estaba “tranquilo”, según partes militares, y Díaz Ordaz se echaba a cuestras, en la Cámara de Diputados, esa incalificable responsabilidad histórica en medio de la ovación atronadora de funcionarios y periodistas serviles. Los Juegos Olímpicos tuvieron efecto y muchos records deportivos fueron batidos ante el entusiasmo de una multitud despreocupada que parecía no recordar que días atrás soldados y policías acribillaron a cientos de jóvenes para enseguida apilar sus cadáveres y meterlos en un incinerador del Campo Militar Número 1. El gobierno estaba al nivel de cualquier feroz dictadura latinoamericana, cuya barbarie es proverbial. No obstante, hubo transformaciones en México. La represión ha disminuido y sólo aparece en casos aislados. El Estado ha tenido que modificar su conducta buscando, desde luego, su conservación, su perdurabilidad. Por tal razón, los presidentes que sucedieron a Díaz Ordaz cambiaron. Uno, lanzó una política doméstica de apertura democrática que, aunque se vio empañada por los sangrientos sucesos del jueves de Corpus de 1971, fue más tolerante con la oposición. Otro, López Portillo, tuvo que hacer una reforma política y dar los pasos necesarios para que la oposición de izquierda estuviera representada dentro de la Cámara de Diputados. Como sea, el Estado, por la presión de amplios grupos progresistas, ha tenido que ir abriendo las puertas de acceso —a cuentagotas— del poder.

Si hoy en México tenemos mayor libertad y democracia se debe, entre otras cosas, a esas grandes marchas de protesta que organizaron los estudiantes. La libertad y la democracia nunca aparecen como un obsequio, son el producto de las luchas de corte popular. Esos muchachos y los trabajadores urbanos y campesinos que los apoyaron hicieron factible que ahora exista una prensa con mayor independencia y que los escritores de izquierda manifiesten sin muchas reservas sus posturas ideológicas.

En los últimos años ha venido avanzando el sindicalismo libre e independiente. Primero fueron, como era natural, los sindicatos universitarios, luego algunos de los obreros. En sus demandas están los ecos de las consignas del 68. En efecto, el movimiento estudiantil no fue algo perfectamente organizado, con una vanguardia de trabajadores o un partido al frente. Hubo que improvisar. Eran estudiantes a veces sin ninguna experiencia política, sólo con deseos de mejorar el estado de la nación. La mayoría de ellos provenía de estratos medios y se politizaron bajo los severos golpes del gobierno. Mostraron que era posible el que un sistema longevo, moralmente ruinoso, pero capaz de renovarse en lo esencial, se tambaleara y no supiera hallar una solución adecuada al conflicto.

Los criminales nunca fueron juzgados. A veintidós años de su actuación descansan o se dedican a sus negocios particulares o siguen en activo o han tenido la muerte piadosa que a los muchachos les negaron el 2 de octubre. Ninguno, al parecer, sufre cargos de conciencia. Nadie hace luz respecto a los trágicos sucesos de Tlatelolco y su secuela de venganzas y castigos. De vez en cuando, a causa de alguna pugna, alguno deja ver ciertos elementos mínimos sobre la represión; luego el telón vuelve a caer pesadamente. La familia “revolucionaria” se protege entre sí por más diferencias que tenga. El poder los une. Pese a todo, cada octubre las bardas de terrenos baldíos y los flancos de los autobuses urbanos se llenan misteriosamente de lemas en recuerdo de Tlatelolco y el 2 de octubre siempre hay manifestaciones antigubernamentales. Para que el asesinato no vuelva a repetirse hay que alimentar a la memoria.

Pero si nunca hubo un tribunal de hombres justos para juzgar a los asesinos, la literatura se ha encargado de ello. La llamada literatura del 68, los libros que de una u otra manera reflejan a este movimiento estudiantil-popular, como lo denominara Valentín Campa, ha sido la responsable de la magna tarea. Aún no ha sido debidamente jerarquizada y analizada por sus méritos literarios y políticos. Todavía no aparece el crítico que se encargue de ese trabajo con rigor y objetividad. Quizá porque en México no existe la crítica literaria en tanto cuerpo (salvo en casos aislados de escritores que se convierten en juez y parte y en el de personas que la ejercen con clara parcialidad). Quizá también porque los acontecimientos aún sangran. No importa que esta literatura testimonial o periodística no esté adecuadamente valuada, el público-lector la ha aceptado y esto es lo importante.

Es probable que no contemos todavía con la gran obra sobre el 68 y es probable que nunca la tengamos; no obstante, hay un

puñado de libros que a veces, sin preocuparse mucho de la estética (cómo hacerlo cuando la indignación y la rabia llenan el espíritu y lo que se desea es gritar cómo y por qué razones fue la matanza), reconstruyen a su manera y con sus recursos el año de 1968. En todo caso, parafraseando alguna idea de Borges, podríamos pensar que la literatura del 68 es una sola y su autor es anónimo. Lo que importa en este caso es que la memoria del pueblo (y tal vez de otros) no se pierda y todos sepamos que las luchas por la libertad tienen un precio frecuentemente alto.

He tenido la oportunidad de participar en varias mesas redondas sobre el tema de la literatura del 68 y nadie se ha puesto de acuerdo sobre el valor formal de los libros que la integran (cuento, novela, poesía, ensayo), de lo que no se duda es de su efectividad en tanto testimonio de acontecimientos que no deben duplicarse. Asimismo he estado en más de media docena de concursos literarios juveniles en calidad de jurado. Predomina en ellos el material que está relacionado con el movimiento estudiantil. Todo esto significa que las heridas no se han cerrado y que nuevos narradores y poetas se preocupan por el tema o por hacer referencia a la matanza de Tlatelolco. A los primeros nombres, Luis González de Alba (*Los días y los años*), Elena Poniatowska (*La noche de Tlatelolco*), Carlos Monsiváis (*Días de guardar*), Carlos Fuentes (*Tiempo mexicano*), Octavio Paz (*Posdata*), el mío (*El gran solitario de Palacio*), tenemos que añadir nuevos: Gerardo de la Torre (*Muertes de aurora*), Federico Campbell (*Pretextos*), Arturo Azuela (*Manifestación de silencios*), Fernando del Paso (*Palinuro de México*), Alfredo Juan Álvarez (*La hora de Babel*), Vilma Fuentes (*Ayer es nunca jamás*), María Luisa Mendoza (*Con él, conmigo, con nosotros tres*), etcétera. Significa que los escritores quieren dejar constancia de su inconformidad por aquella matanza. Es probable que sigan apareciendo obras sobre el 68. No están de más, enriquecerán nuestra experiencia tanto literaria como política e histórica.

Poco después de 1968, influenciado por el panorama antes descrito, tomé la decisión de abandonar México. Obtuve una beca y me fui a París, en donde permanecí tres años. Allí escribí *El gran solitario de Palacio*. El sitio de su primera edición fue Buenos Aires. La fecha: septiembre de 1971. La novela quedó dentro de una serie, Narrativa Latinoamericana, de Compañía General Fabril Editora. Mis compañeros de colección eran, entre otros, Haroldo Conti, argentino, Carlos Droguett, chileno, Antonio Di Benedetto, argentino, y Clara Silva, uruguaya. La historia de este libro es curiosa. Lo escribí casi por completo en París

sobre unas notas que llevaba de México, los apuntes de la matanza de Tlatelolco que presencié y que serían el centro de la novela. Lo redacté sin interrupción, furiosamente. Uno de los capítulos, el que narra la muerte de unos estudiantes a manos de soldados, a bayoneta, recuerdo haberlo hecho durante un viaje nocturno en tren de París a Madrid. Al cabo de seis o siete meses estaba terminado. La idea original era enviarlo a la Ciudad de México, pero recibí en ese momento una oferta de Buenos Aires; además de la publicación me invitaban a esa ciudad para presentarlo. Sin titubeos acepté. Era un sitio que amaba y deseaba conocer. Después, algunos lectores imaginarían que *El solitario* apareció en Argentina debido a la censura mexicana, una inexactitud. Habrá que aceptar que en México existe una amplia libertad de expresión, en buena medida basada en la escasa capacidad lectora de la sociedad en su conjunto.

El gran solitario de Palacio, cuyo título proviene de una desafortunada frase del presidente Gustavo Díaz Ordaz, quien en plena tormenta política se calificó como un solitario en Palacio Nacional (yo me limité, entonces, a ponerle un adjetivo), es, como escribió un reportero de *Excelsior* ese año de publicación, muy pasional, obliga a tomar partido, a aceptarla o rechazarla totalmente... está cargada de odios y amores extremos, por otra parte, característicos del autor...

Yo concebí el libro como un amplio mural. No se trataba solamente de hacer una crónica novelada del 68 ni un testimonio, mi intención era repasar los cincuenta o sesenta años de Revolución y ver en qué había terminado: en una lamentable parodia. Y algo más: equiparar todos los gobiernos "revolucionarios" con las tiranías latinoamericanas. Crear a un dictador eterno al que cada seis años lo transformaban dándole nueva apariencia y un programa distinto. Antes de escribir la novela releí con atención la escasa bibliografía sobre dictadores: *Tirano Banderas*, 1927, de Ramón del Valle Inclán y *El señor presidente*, 1946, de Miguel Ángel Asturias. Luego de 1973 aparecerían *Yo el supremo* de Augusto Roa Bastos, *El recurso del método* de Alejo Carpentier y *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez.

El gran solitario de Palacio lleva a la fecha doce ediciones y toda clase de comentarios, desde quienes la han elogiado sin reservas hasta los que la han desechado por completo. La mejor fortuna la ha tenido con los lectores y con comentaristas extranjeros. A mí, en lo personal, me emociona recordar que cuando llegó a México procedente de Argentina, según encuestas realizadas por la revista *Siempre!*, se mantuvo en primer lugar de ventas por

varias semanas. Nunca he podido repetir la hazaña, ni los tirajes del *Solitario* con otros libros míos que considero superiores.

La novela ha sufrido algunas modificaciones. Cuando la escribí en París era yo un expulsado del Partido Comunista Mexicano, injustamente acusado de maoísta y hasta de trotskista, militaba –quizás como resultado– en un fragmento de la Cuarta Internacional, comandado por Michael Pablo. Con esto, y notando el papel mínimo y torpe de los comunistas en el movimiento estudiantil, me animé a escribir un par de capítulos ironizando al PC. Más adelante, cuando apareció la edición mexicana definitiva, yo había vuelto a tal organismo, bajo la presión moral del poeta español trasterrado Juan Rejano; Gerardo de la Torre me acompañaba en el regreso. Esta edición estaba corregida, los capítulos de marras eliminados y por tal la consideré definitiva. En rigor, nada aportaban al libro, ni siquiera políticamente y podían, en todo caso, ser utilizados para lastimar a un partido que por años fue perseguido y golpeado; tuvo grandes errores y magníficos aciertos, antes de desaparecer víctima de su propia burocracia alrededor de 1981. La cuarta de forros llevaba una frase de Borges hecha mía: No he reescrito el libro. He mitigado sus excesos barrocos, he limado asperezas, he tachado sensiblerías y vaguedades...

La acompañaban, para estimular al lector, opiniones del argentino Bernardo Verbitsky, del peruano José B. Adolph, del norteamericano-mexicano Evelio Echeverría, del italiano Giuseppe Bellini y del mexicano Francisco Zendejas. La novela estaba publicada por una editorial hoy desaparecida, igual que Fabril, y a mi juicio, pese a la horrenda portada, era impecable y con papel de excelente calidad. Las ediciones que corresponden a Premiá, dos o tres, ya no he podido leerlas. La única novedad podría radicar en la portada: el esqueleto de un gorila con botas, atrás la silueta de la cabeza de un granadero, obra de un joven diseñador, Arturo Rodríguez. Extraigo unas líneas de la cuarta de forros:

Nunca, en la obra de René Avilés Fabila, el humorismo y la ironía habían sido tan amargos como en esta novela. La sonrisa se convierte en mueca de horror ante la violencia, los asesinatos y las torturas de un grupo que a toda costa desea perpetuarse en el poder y que es capaz, llegado el momento, de las más terribles atrocidades.

Desconozco al autor, pero sustancialmente estoy de acuerdo. Tampoco he leído más que por encima las tesis que la analizan o le dedican todo su espacio. No me interesa más pese a que es mi único libro que me ha proporcionado algo de dinero, viajes,

la posibilidad de intervenir en mesas redondas sobre el tema de la literatura del 68 y grandes satisfacciones. Si ha sido un libro que contribuyó al cambio en México, lo ignoro y dudo mucho que haya forma, por la carencia de especialistas, de tener una idea al respecto con la totalidad de los trabajos literarios sobre el 68, mismos que no están inventariados y estudiados, y que van desde el testimonio periodístico y la novela hasta el cuento y la poesía, pasando por el teatro.

En más de un aspecto el 68 es un parteaguas. Nada fue igual después de ese año trágico. Sin embargo, los mejores libros de este país nada tienen que ver con el movimiento estudiantil: o son anteriores o bien lo omiten. Esto podría llevarnos al inútil debate sobre literatura y compromiso político, inútil ahora que las ideologías tradicionales de izquierda se desmoronan ante nuestros ojos. No hace mucho tiempo, en la Universidad Iberoamericana, convocados por el escritor Francisco Prieto, Gerardo de la Torre y yo tuvimos una larga reunión con la profesora alemana Regina Richter. La intención era, en tal caso, hablar de *Muertes de Aurora* y de *El gran solitario de Palacio* para una tesis doctoral. La plática fue rica, estimulada por las preguntas incisivas de la maestra Richter. El tema central era (y nunca quedó suficientemente discutido) el valor para el Estado mexicano y para la nación de la literatura del 68. Esto es, la eficacia de la obra literaria en el terreno político.

Nunca he creído que la literatura sea capaz de cambiar a la sociedad, pero jamás he dudado de que se trata de una poderosa arma que prepara para efectuar esas transformaciones que hacen los grandes políticos revolucionarios. Quizás la revolución de Lenin no hubiera podido llevarse a cabo sin la presencia benefactora de los libros de un escritor francamente subversivo: Dostoyevsky. Pero en general los grandes cambios sobrevienen por razones más concretas y menos abstractas: la miseria, las desigualdades, las humillaciones, las injusticias sociales. En todo caso, la literatura del 68, como antes señalé, enjuició en el campo moral al sistema que produjo la masacre. No obstante, a más de veinte años de aquellos sucesos espantables, el mito ya no es la Revolución Mexicana, la que ha sido por completo derrumbada y arrumbada durante los últimos años del gobierno de Miguel de la Madrid y en el primer año del de Carlos Salinas de Gortari, el mito es, por desgracia, el 68, al que le conferimos cualidades mágicas al esgrimir la consigna Tlatelolco no se olvidará.

El sistema político mexicano es de una asombrosa flexibilidad. Hoy, con la excepción de unos cuantos, la inmensa mayoría de los que llevaron a cabo la hazaña son parte cabal del mismo

estado de cosas que desearon eliminar. No cabe duda. La generación de Woodstock, menos dramática y no por ello menos importante, a distancia es vista con nostalgia; fue un momento de desenajenación, de una intensa búsqueda de la libertad, sólo que ahora aquellos hippies y comuneros, los infatigables caminantes y consumidores de drogas y rock, usan corbata y traje, son amables y bonachones padres de familia y trabajan en la burocracia o en la bolsa. El establishment tiene una impresionante capacidad de asimilación, es su fortaleza, y la utiliza para garantizar su sobrevivencia. La del Estado mexicano no es la excepción y pese a todo no es suicida. Ha consentido algunas de las demandas juveniles y una vez con el control de la vida política, asumió el poder como tradicionalmente lo ha hecho, con todo el autoritarismo posible y a veces hasta con un derroche de autoritarismo, como la ha probado durante las pasadas elecciones presidenciales y más recientemente con el proceso electoral de Michoacán, en donde el neocardenismo sufrió un robo escandaloso, castigo a la osadía que tuvo un pequeño grupo de priístas al abandonar la casa materna y fortalecer a la oposición de izquierda a nivel nacional.

No deja de ser sorprendente el que la historia, como repetidamente han dicho los escritores, sea circular: la Revolución Mexicana es repudiada en 1968, rechazados sus principios y sus resultados y hoy toda la oposición de izquierda, incluidos los comunistas y socialistas y los trotskistas, vuelven a esgrimirla como punto de partida, cuando concluye el siglo xx, en tanto que los herederos de ese movimiento de 1910 se esmeran por enterrarla en medio de una política económica por completo ajena.

Concluamos: Tal vez la literatura del 68 adoleció de intensos momentos estéticos, pero a cambio nos dio la pasión de quienes protestaron por la sinrazón y la brutalidad. De lo que no existen dudas es del valor político que nos trajo dicha literatura, aun en sus peores obras es probable que los escritores que trabajamos con materiales derivados de esa etapa de la historia mexicana, al contrario de los surrealistas, no nos hayamos propuesto transformar al mundo, no obstante se consiguió dejar una honda huella que de alguna manera impulsó cambios.

El movimiento estudiantil de 68 ha cumplido recientemente veintiún años, como de costumbre, el Zócalo se llenó de personas que lo recordaron y al mismo tiempo protestaron por la nueva irregular situación política y económica de la nación. *El gran solitario de Palacio*, a su vez, cumplió dieciocho años. Estamos ante un México distinto, pero no mejor que el que quisie-

ron los jóvenes. Si hace veinte años el gobierno no requería del fraude electoral para asegurar el control de la República, hoy es su arma favorita. El presidencialismo que parecía debilitado y en extinción (al menos eso supuso un distinguido grupo de politólogos mexicanos de izquierda en su simposio sobre el tema "México y la oposición" celebrado en la Universidad de Berkeley y en el que yo participé hace tan sólo tres años, ha sido ferozmente revitalizado. Y los medios de comunicación como nunca, han sido puestos, con honrosas excepciones, al servicio de ese presidencialismo oneroso y contra el que millones de mexicanos se manifestaron en las urnas el pasado julio de 1988. La demagogia y la simulación tampoco han sufrido merma. La represión sigue viva de muchas maneras. Según datos de la Unión de Periodistas Democráticos, por cierto bajo la dirección de un ex dirigente del 68, en el pacífico período de Miguel de la Madrid fueron asesinados poco más de treinta periodistas, incluido el célebre Manuel Buendía y antes de que este nuevo período presidencial cumpla un año, ya han muerto dos, uno de ellos director de un diario en Durango. La modernidad esgrimida se ha convertido en el punto final de los viejos postulados revolucionarios. Como hace veinte años hay demasiado peso estatal y poca presencia real de la sociedad civil. A la oposición le cuesta grandes esfuerzos modificar el rumbo negativo del país. Los medios de comunicación apenas le conceden espacio y el sistema, basado en la corrupción y en el control de grandes sindicatos de trabajadores, sofoca a todos aquellos que desean un México más equilibrado y justo.

México hoy, como hace veintiún años, enfrenta dos tipos de soledad diametralmente opuestas: la del solitario de Palacio y la del simple ciudadano. No existe coexistencia ni al parecer punto intermedio. Las pasadas elecciones presidenciales, sin tomar en cuenta sus resultados, probaron largamente el malestar social y la necesidad de cambios positivos de la nación, pero asimismo mostraron que el sistema político mexicano no está dispuesto, como hace veintiún años, a concederlos. La pugna, pues, sigue en pie. Las metáforas de la novela, como consecuencia, a mi juicio, siguen siendo válidas. Los mitos podrán ser nuevos, pero tenemos una terca realidad que muestra fatiga y anhela transformaciones.

El 68 creyó sepultar los mitos de la vieja Revolución; hoy ya no estamos tan seguros de que ése sea el camino. De lo único que existe certeza es que por primera vez en mucho tiempo el Estado tiene que escuchar las voces de la sociedad civil. ■